



DESTINO FRAGMENTADO

ELENA DIAZ BARRIOS

ILUSTRACIONES DE SANTIAGO ROMERO

DESTINO

FRAGMENTADO

ELENA DIAZ BARRIOS

DESTINO
FRAGMENTADO

ILUSTRACIONES DE SANTIAGO ROMERO



© Institución Universitaria Politécnico
Gracolombiano

DESTINO FRAGMENTADO

Digital ISBN: 978-958-5142-37-4
E-ISBN: 978-958-5142-40-4

Editorial Politécnico Gracolombiano
Calle 57 No. 3 – 00 este
Tel: 7455555 ext. 1516
Bogotá, Colombia.

Abril de 2021

AUTORA
Barbara Elena Díaz Barrios

DISEÑO E ILUSTRACIÓN
Julián Santiago Romero Moreno

EDITOR(ES)
Victoria Eugenia Peters Rada
Marcela Fernanda Tellez Pedraza

DIRECTOR EDITORIAL
Eduardo Norman Acevedo

ANALISTA DE PRODUCCIÓN EDITORIAL
Carlos Eduardo Daza Orozco

CORRECCIÓN DE ESTILO
Eduardo Norman Acevedo

Creado en Colombia
2021

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Gracolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Gracolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Sin derivar - Compartir igual. Este libro es resultado de un proceso académico- investigativo de la Facultad de Ingeniería, Diseño e Innovación y la Facultad de Sociedad, Cultura y Creatividad.

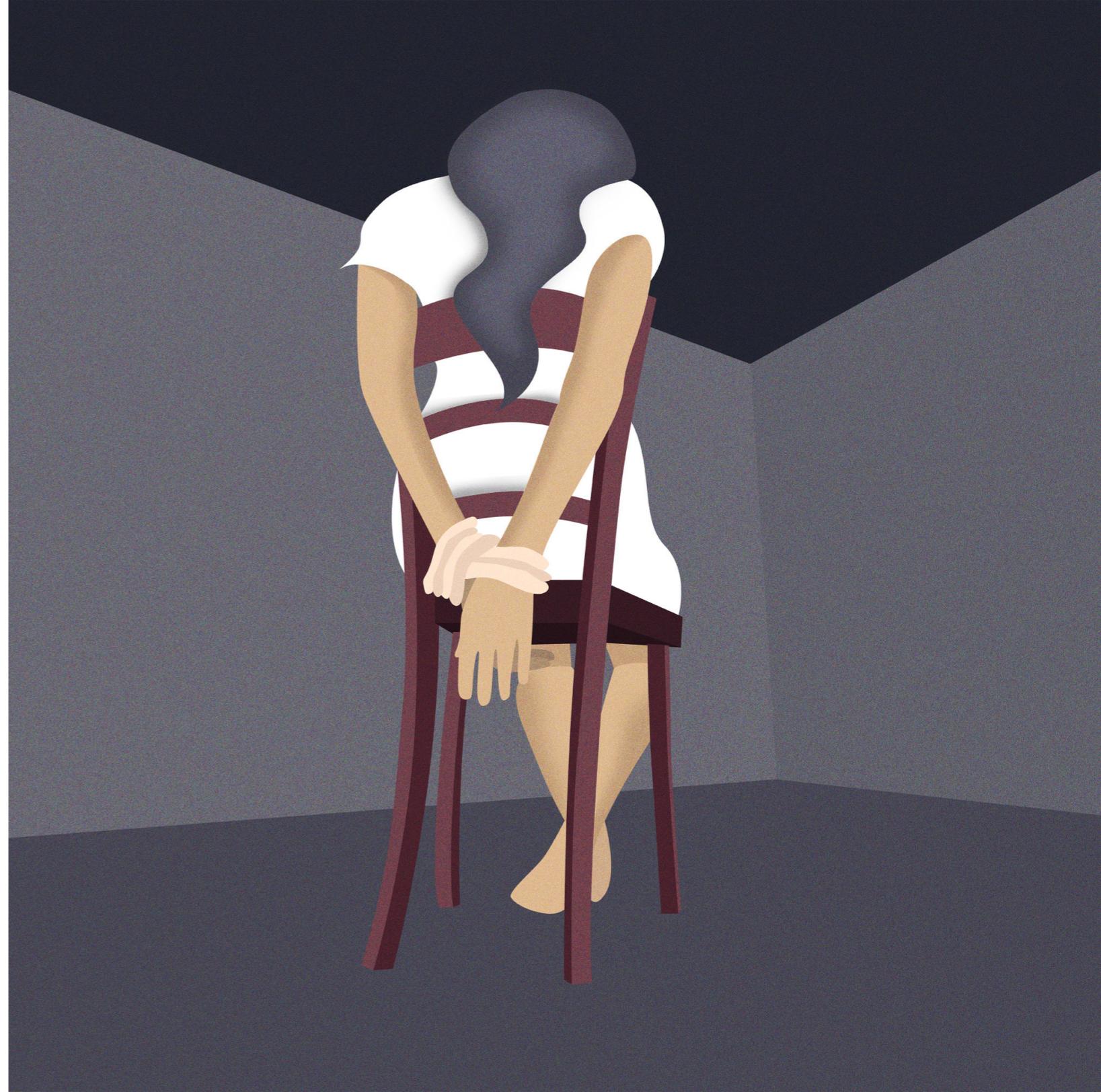
Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial del Politécnico Gracolombiano pertenece a la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC)

*Dedico este libro a todos los que han
descubierto que hay vida antes de la muerte.*

No lo podía soportar más, mi cuerpo gritaba que lo soltaran. Desde hacía tiempo había perdido la noción de los días y de las horas, estaba cansada de estar sentada en esa silla sin poder moverme y sin siquiera ver la luz del sol. Cada minuto y cada segundo que pasaba, odiaba más la situación en la que Carlo me había puesto. El miedo y la rabia crecían cada vez más dentro de mi pecho, estaba segura de que no saldría con vida de esto, pues mi hermano, si es que se puede llamar así, estaba dispuesto a pagar todas sus frustraciones conmigo.

Comencé a oír el sonido de la llave desbloqueando la puerta y mi cuerpo se tensó completamente, por los gruñidos que lanzaba y la respiración que resonaba en el lugar podía deducir que lo que venía no era nada bueno, lanzó al piso un montón de cosas que hicieron que me sobresaltara. Al escucharme, entró rápidamente en la habitación.



—Hola hermanita... –dijo con una voz simpáticamente asquerosa. Él tenía la habilidad de hablar muy educadamente y con un poco de diversión, lo que lo hacía tan escalofriante.

—Umm... veo que el ratón te comió la lengua... –dijo mientras caminaba alrededor de la silla y lanzaba una risa falsa al final de la oración.

—¿Sabes? Existen muchas cosas que me molestan bastante y entre ellas está el hecho de que me falten al respeto al no contestarme –dijo mientras se aproximaba a la silla y me cogía fuertemente por el cabello, gritando con histeria la última palabra. Lancé un grito de dolor y las lágrimas comenzaron a salir.

—¡Me tienes harto! cada vez que me dirija a ti, me contestas. ¿Entendido? –dijo en la entrada de mi oído.

—Okey...

Dije con un susurro.

—¿Cómo? Que no te escuché.

Me replicó él.

—¡Okey!

Dije alzando un poco mi voz para que alcanzara a escuchar.

Me soltó el cabello e inmediatamente me quitó las vendas de los ojos. Se quedó varios minutos mirándome a los ojos desde muy cerca y comenzó a reírse.

Odiaba esta situación, odiaba tenerle miedo y odiaba el poder que tenía sobre mí en estos momentos, él se había encargado de dejarme completamente vulnerable y eso le encantaba porque sabía que a mis padres les afectaba.

Desde hacía mucho tiempo había buscado la manera de tener el control y ahora que lo tenía no lo iba a soltar por nada del mundo.

—Te tengo una buena noticia...

Dijo sonriéndome

He decidido soltarte... sí... estuve mucho tiempo analizándolo y he decidido dejarte ir. Pero... no pienses que será así de fácil... no, no, no... tú has sido la causante del desprecio que mis padres me han dado... tú fuiste la culpable de que esté haciendo TODO esto... si tan solo hubieras nacido muerta, nada estuviera pasando... Sin embargo, te daré una oportunidad donde usarás esta camarita que llevo en mis manos y dirás absolutamente todo sobre el negocio de Vidal, tu padre, y todo lo que la zorra de tú madre ha hecho con ese chofer. Y, por último, vas a decir que por culpa de ellos y del maltrato que te han dado desde muy chiquita, no pudiste soportarlo más y decidiste ponerle fin a esa historia, ¿entendido?

Me dijo sonriéndome.

—No.

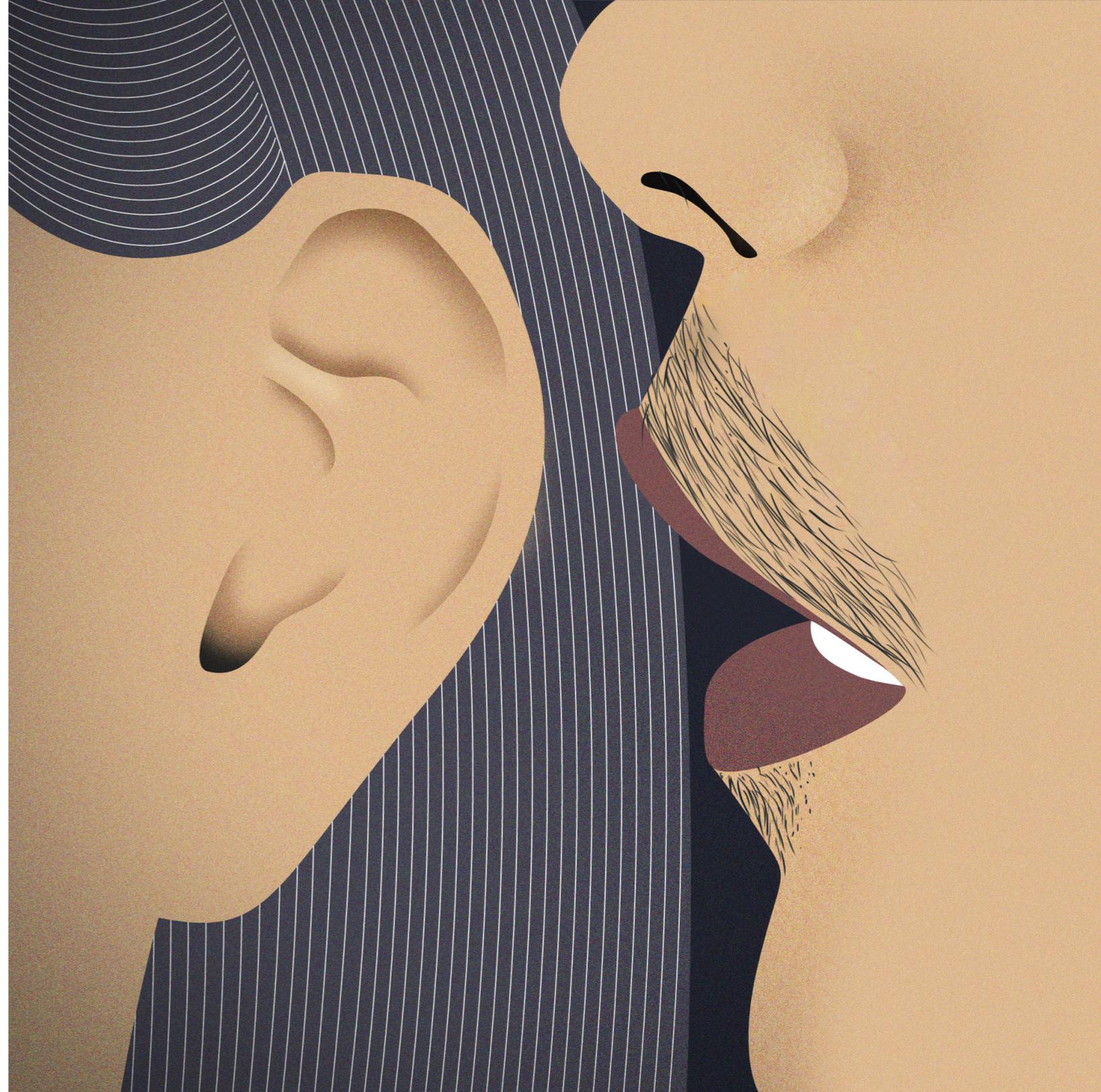
Le dije con firmeza y con lágrimas en los ojos, pues sabía que no le gustaría nada mi respuesta.

—¿Perdón?

Dijo él con sarcasmo.

—No. No lo haré.

Dije desafiándolo. Lo que hizo que me escupiera la cara y me cogiera por el cuello, obstruyéndome la respiración.



—La oportunidad que te había dado va a tener que esperar porque esto que me acabas de hacer no lo puedo pasar por alto, hermanita. Ahora vas a aprender quién es el que manda aquí y a quién debes obedecer.

Dijo empujándome hacia atrás y dándome la espalda para colocar la cámara encima de la mesa del cuarto.

Segundos después comenzó a desabrocharse el pantalón con fuerza, se volteó y se inclinó sobre la mesa mirándome directamente. Estaba aterrada, tenía que encontrar la forma de salir de allí o mataría mi alma. En el momento en que empezó a acercarse, comencé a desesperarme y a forcejear la cuerda que amarraba mis brazos.

—Quédate quieta, solo durará unos minutos.

Dijo agarrándome por el cabello con fuerza y jalándolo hacia atrás para que pudiera verle la cara. Comencé a llorar, a gritar y a moverme para salirme de su agarre, lo tenía que evitar a toda costa.

Sin embargo, aumentó su fuerza en mi cabello y comenzó a acariciarme la cara y los brazos.

—¡Cállate!

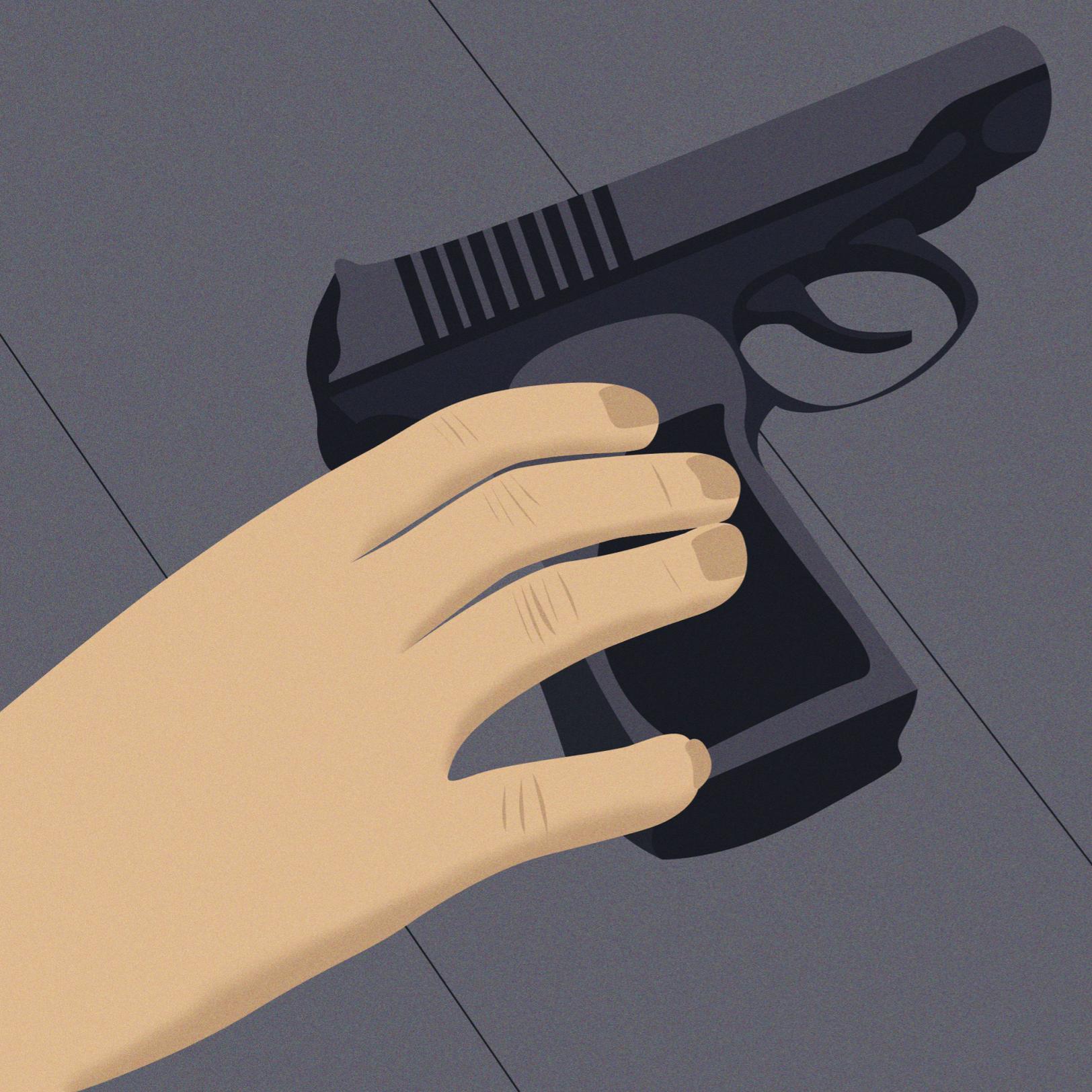
Me dijo con poca paciencia.

—Aquí nadie te va a escuchar...

Dijo riéndose y continuó su recorrido.

En ese instante, comencé a escuchar un sonido muy fuerte que provenía de afuera, lo que hizo que Carlo lanzara un gruñido y se apartara para ver qué era lo que estaba sucediendo. Pude escuchar el momento en que lanzó una grosería al aire, algo no estaba bien. Segundos después, escuché un ruido muy fuerte, creo que habían tumbado la puerta principal. Carlo entró corriendo a la habitación, agarró su pistola y se colocó detrás de mí apuntándome a la cabeza.

Los policías al entrar a la habitación completamente armados le ordenaron que bajara el arma o tendrían que tomar acciones, para mi sorpresa la pistola se clavó en mi cabeza, mientras Carlo gritaba que me mataría si no se alejaban.



Los policías sin perder la calma, le seguían diciendo que bajara el arma, pero él se rehusaba a hacerlo. Sabía que prefería matarme sin importar las consecuencias, él solo quería cumplir su cometido, al fin y al cabo, era un hombre sin escrúpulos.

Por esta razón, cerré mis ojos y me preparé para la despedida, sabía que este era el fin, pues después de tantos años, Carlo estaba cumpliendo lo que había prometido, no exactamente de la forma en que él quería, pero con el mismo fin.

Las lágrimas seguían cayendo cuando escuché un disparo y por un momento se paralizó mi mundo, dejé de respirar, no podía escuchar absolutamente nada, no podía abrir mis ojos. ¿Había muerto? ¿Todo había acabado?

De pronto, sentí cómo mi cuerpo volvía a cobrar sus sentidos, pero seguía sin entender lo que estaba pasando.

Alguien estaba agarrándome por los hombros, pero no podía descifrar quién era, ni siquiera podía oír lo que me estaba diciendo. Los dolores, las fracturas y los moretones que había sufrido mi cuerpo no los sentía, y de un momento a otro todo se volvió nubloso.



Esa mañana me había levantado muy temprano para desayunar y salir a hacer unas diligencias de la universidad, cuando entró una llamada de un número desconocido a mi celular, normalmente no las atiendo, pero algo me decía que esa llamada debía atenderla.

—No, no lo harás porque si lo haces, tu noviecito Sebastián pasará a otro plano.

Dijo Carlo con seguridad y diversión en su voz.

Me quedé congelada otra vez, mientras el miedo se apoderaba de mí.

—Si no me crees, aquí te paso al tórtolo para que lo saludes.

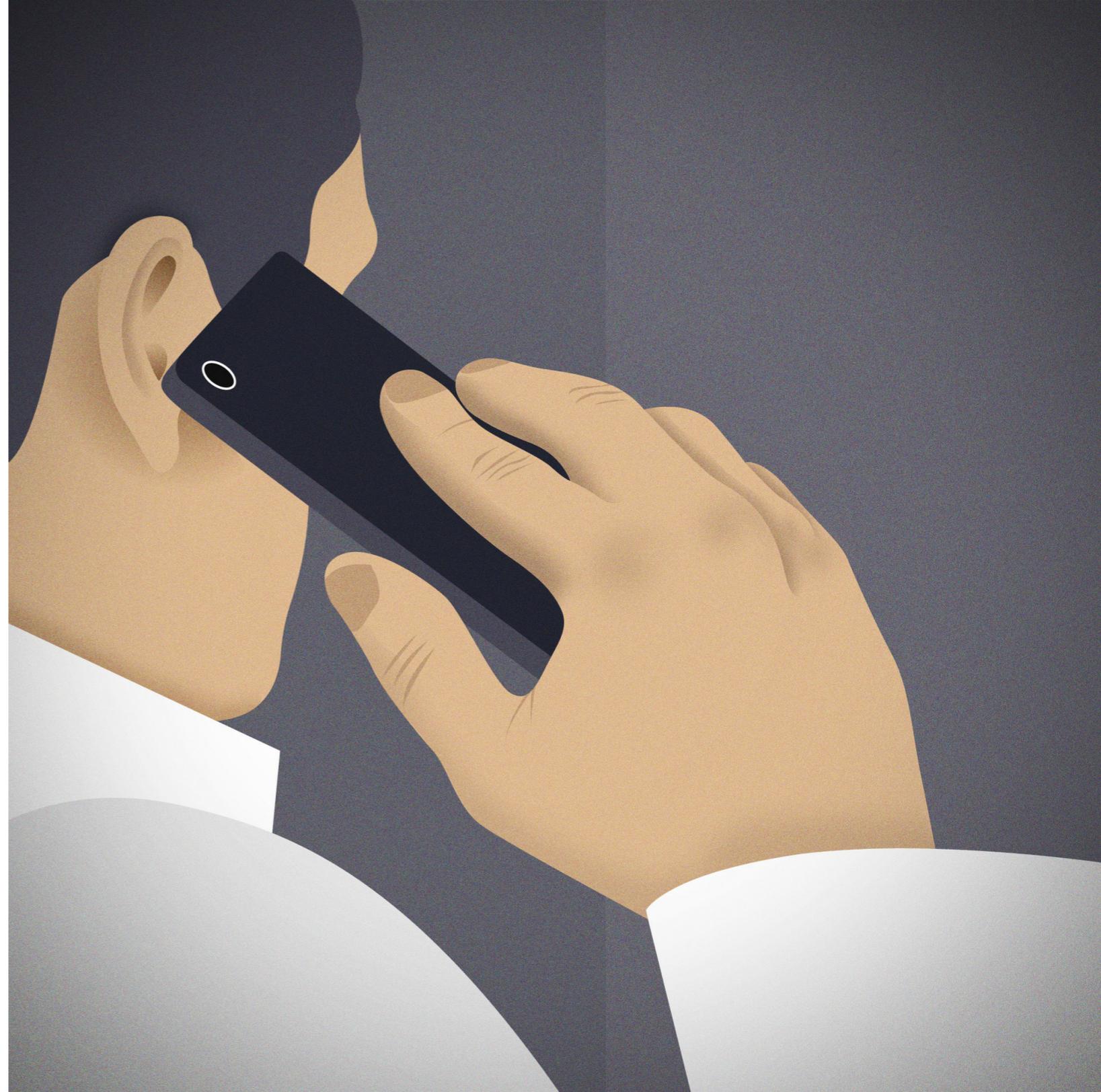
Dijo con fastidio.

—Marena, no vayas a hacer nada.

Dijo con rabia y al mismo tiempo pude escuchar cómo Carlo le arrebató el celular para seguir hablando conmigo.

—Si quieres que viva, vas a tener que venir por él. Te espero a las 5 p.m. en el café abandonado del barrio Cozumel, si traes a alguien, lo mato.

Dijo mientras colgaba la llamada.



Cada minuto que pasaba, era un minuto agonizante, estaba muy asustada pues por mi culpa Sebastián estaba en peligro, debía hacer lo que Carlo me estaba pidiendo porque no podría vivir tranquila si le sucedía algo, no me lo perdonaría nunca. En esos momentos lo único que pasaba por mi cabeza era el hecho de que nunca tuve la oportunidad de poder compartir con mi hermano, la palabra hermano para mí estaba sobrevalorada. Desde que estábamos chiquitos él había comenzado a tener unas actitudes muy extrañas, su humor era muy inestable y con él sus acciones. Después de muchos años fue que supimos que sufría de trastornos bipolares, y no solo le gustaban los hombres, sino que le llenaba de placer el sufrimiento de los demás, no tenía empatía alguna y comenzó a maltratarme porque él decía que mis padres lo trataban diferente desde que yo había nacido.

Con los años la situación empeoró, y un día agarró una rabia tan grande que casi me mata, lo que hizo que mis padres lo tuvieran que enviar a un lugar especial, donde lo mantendrían aislado y apartado de la familia. Desde ese entonces, no supimos más de él porque mi padre se encargaba de lidiar con toda su situación, no quería que nos involucráramos.



Horas más tarde, me encontraba en el lugar que Carlo me había indicado, sabía que estas podrían ser mis últimos minutos con vida, así que me encargué de dejarle una nota a mis padres. Al cabo de un rato, escuché la puerta del café y me volteeé de inmediato, y justo al lado de la única entrada y salida existente, se encontraba un niño, de no más de 12 años, mirándome fijamente y sin decir absolutamente nada.

—¿Dónde está Carlo?

Dije un poco confundida. Sin embargo, el niño no contestó, simplemente movió la cabeza hacia un lado para indicarme que lo siguiera y sin más comenzó a caminar.

Con un poco de vacilación en mis pensamientos y en mis acciones, lo seguí lentamente por todo el pasillo del lugar, el cual mostraba una puerta de madera común y corriente al final de este.

Mientras seguía mi camino detrás del niño, vi cómo este abría la puerta unos pasos más adelante y al llegar al mismo punto, se apartó y me permitió el paso.

Por unos momentos vacilé sobre lo que haría segundos más tarde, pero me acordé de que no tenía opción, pues sino hacía lo que me habían dicho, habría consecuencias.

Cuando todo mi ser se encontraba dentro de la habitación, pude oír cómo se cerraba la puerta detrás de mí. En ese momento el pánico me invadió, y sin pensarlo dos veces, me di media vuelta para salir por donde había entrado, pero el niño fue más rápido al cerrarla con llave y grité:

—¡ÁBREMÉ! ¡NECESITO SALIR DE AQUÍ!

Dije mientras golpeaba la puerta, pero nadie contestaba, seguro el niño se había ido y yo oficialmente no tenía escapatoria, tendría que enfrentar el problema en el que me había metido. Comencé a buscar por toda la habitación algo que me sirviera como medio de salida, pero no había nada.

—Ay Dios mío.

Dije con desesperación, estaba muy desorientada y asustada, mi garganta gritaba que le dieran agua.

En ese momento escuché a lo lejos una puerta, traté de mover mi cuerpo para poder tener una visión más amplia de quién se encontraba afuera, pero era inútil, estaba completamente sujeta a la silla.

—Hola... hermanita... ¿Cómo dormiste? –dijo con cordialidad fingida mientras juntaba sus dos manos al frente del pecho.

—Espero que bien porque estos días van a ser duros, pero especiales, ya vas a ver cómo me ayudarás a cambiar mucho el pensamiento de algunas personitas... jajaja... pero dejando a un lado la charla, te traje comida para que puedas agarrar un poquito de fuerza ¿Si? No querrás que nuestros padres me regañen por no atenderte de la manera como es debida... mmm... no, ¿verdad? –dijo mientras sacaba una botella de agua de una bolsa de papel que había dejado en el piso al entrar a la habitación. Seguido de eso, sacó un pequeño sándwich que miré con repugnancia. No estaba dispuesta a comer absolutamente nada que viniera de Carlo, prefería morir de hambre antes que aceptar algo que viniera de él.

En ese momento, escuché un ruido que provenía del closet. Desde que había entrado en el lugar, no me había percatado de la existencia de ese pequeño espacio. Caminé lentamente hacia él y cuando ya estaba al frente de la puerta, sentí un golpe muy fuerte en la cabeza que me dejó sin sentidos en tan solo unos segundos.

Comencé a abrir los ojos y no comprendía en dónde estaba, lo último que recuerdo fue haber estado encerrada en un cuarto sin saber qué hacer y, aparentemente, seguía en un lugar donde mi vulnerabilidad estaba en su máxima expresión. Cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la luz tenue de lo que parecía ser una habitación, fue que me di cuenta de que me encontraba en un lugar completamente diferente, en una casa, por lo que alcanzaba a ver por la puerta que habían dejado abierta. Por otro lado, intenté levantarme de la silla en la que me encontraba y no podía, mi cuerpo estaba completamente atado a ella y mi desesperación comenzaba a subir ¿Dónde estaba? ¿Qué me iban a hacer? ¿Qué día es hoy?



—Toma, come.

Dijo mientras colocaba el pan cerca de mi boca para que pudiera morderlo, pero en vez de morder al pan, decidí morderlo a él pues si iba a morir aquí al menos le haría la guerra. Obviamente, Carlo odió lo que había hecho y lo primero que hizo fue tirar la comida al suelo, luego pegó su mano contra mi cachete fuertemente. Un dolor comenzó a propagarse en mi cara, él tenía muchísima fuerza y la había colocado toda en ese golpe.

—Para que aprendas que a mí me deben obedecer.

Dijo mientras salía de la habitación.

Las horas siguieron y la situación era cada vez peor, la paciencia de Carlo se estaba agotando y con él mi energía. El miedo que sentía cuando él estaba en la habitación era horrible. Carlo lanzaba gruñidos mientras tiraba un montón de cosas al piso que hacían que me sobresaltara.

A medida que pasaba el tiempo, Carlo se molestaba más, le estaba complicando sus planes y el no estaba dispuesto a aceptarlo. Me jaló por el cabello y comenzó a decir cosas que el dolor y el miedo no podían evitar que escuchara.

Luego me quitó la venda de un solo tirón y se quedó mirándome por unos minutos muy cerca de mi rostro y comenzó a reírse. Definitivamente, mi supuesto hermano estaba loco.

Minutos más tarde, luego de que él terminara todo el discurso de lo que debía hacer cuando comenzara a grabar, le dije con miedo, pero con firmeza que no lo iba a hacer y eso fue la gota que derramó el vaso.

Después de colocar la cámara encima de la mesa del cuarto, comenzó a desbrocharse el pantalón con fuerza y al voltearse, se acercó a mi y comenzó a pasear sus manos por todo mi cuerpo.

Comencé a moverme desesperadamente, con el fin de zafarme de su agarre, pero era inútil me tenía en el lugar que él quería. Sin embargo, en el momento en que me mandó a callarme, escuché un sonido fuerte que provenía de afuera, lo que hizo que saliera a revisar qué estaba pasando. Segundos después, Carlo entró corriendo al cuarto y apuntó su pistola hacia mí cabeza cuando el ruido de la puerta principal nos decía que esta estaba abierta.

Los policías comenzaron a entrar y armados le dijeron que bajara el arma, pero él no estaba dispuesto a hacerlo, pues iba en contra de su meta. En ese momento, Carlo presionó el arma un poco más fuerte contra mi cabeza y cerré mis ojos, la hora había llegado, las lágrimas no cesaban. Sin embargo, mientras mi miedo crecía a mil por hora, escuché un disparo que me dejó en estado de shock, no sabía si había sido yo o mi hermano quien estaba pasando a otro plano. Segundos después, sentí unas manos agarrándome y luego todo se volvió nublado.

Los días pasaron, y luego de muchas semanas en el hospital mi cuerpo se recuperó y pude irme a casa. Todo había salido bien, sin embargo, todavía sentía un poco de pánico por todo lo que había pasado, las pesadillas me perseguían, pero eventualmente estas acabarían por desvanecerse.

Cada minuto que pasaba, era un minuto agonizante, estaba muy asustada pues por mi culpa Sebastián estaba en peligro, debía hacer lo que Carlo me estaba pidiendo porque no podría vivir tranquila si le sucedía algo, no me lo perdonaría nunca. En esos momentos lo único que pasaba por mi cabeza era el hecho de que nunca tuve la oportunidad de poder compartir con mi hermano, la palabra hermano para mí estaba sobrevalorada. Desde que estábamos chiquitos él había comenzado a tener unas actitudes muy extrañas, su humor era muy inestable y con él sus acciones. Después de muchos años fue que supimos que sufría de trastornos bipolares, y no solo le gustaban los hombres, sino que le llenaba de placer el sufrimiento de los demás. No tenía empatía alguna y comenzó a maltratarme porque él decía que mis padres lo trataban diferente desde que yo había nacido.

